

seritis in me, et verba mea in vobis manserint, quodcumque volueritis, petetis, et fiet vobis (1).

Este libro, por tanto, especialmente se dedica á la *Asociación de Sacerdotes Adoradores del Santísimo Sacramento*. Se dedica también á los fieles de toda edad, sexo y condición que, deseando siempre gustar cuán suave es el Señor con los que le buscan, cifran su consuelo, su bienestar y su gloria en humillarse y gemir á las puertas del Tabernáculo.

Y, no lo dudemos, vendrán para la Santa Iglesia días más tranquilos, porque el Señor, que vive con nosotros en la Eucaristía y es verdaderamente rico en misericordia (2), se apiacará, por fin, de nosotros y escuchará benigno nuestros ruegos. *Tu exurgens miseraberis Sion; quia tempus miserendi ejus, quia venit tempus* (3).

Joaquín María Díaz y Vargas.

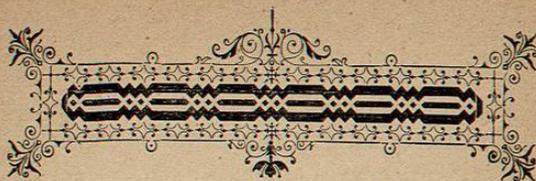
México, 12 de Diciembre de 1893,

FIESTA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

(1) Ioann., XV, 7.

(2) Ad Efes., II, 4.

(3) Psalm. CI, 14.



INTRODUCCIÓN

CONSIDERACIONES PRÁCTICAS

SOBRE LA

ADORACIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

I.

Del objeto y fin de la Adoración.

PARA comprender bien la naturaleza de una virtud, los deberes que impone, los actos que debe inspirar y con qué espíritu se les debe cumplir, es necesario conocer, con la mayor claridad posible, su objeto y su fin.

¿Cuál es, pues, el objeto, cuál es el fin de la Adoración del Santísimo Sacramento, de este acto excelente entre todos, de la virtud de la

Religión? Vamos á indicarlo aquí de un modo sencillo y práctico á la vez, para la mayor utilidad de las almas á quienes la gracia del Espíritu Santo ha conducido á filiarse en nuestras diversas Asociaciones Eucarísticas, de las cuales todas tienen, aunque con prácticas diferentes, la Adoración por deber esencial. El lazo espiritual que une en una sola familia de adoradores los miembros de la Obra de los Sacerdotes Adoradores, los de la Agregación y los de la Exposición mensual en las parroquias, con los religiosos de la Congregación del Santísimo Sacramento, permite dirigirles las enseñanzas que el P. Eymard daba á sus hijos en su Regla, expresión perfecta de su pensamiento y de su espíritu. Efectivamente es la misma savia la que debe alimentar el tronco religioso y las ramas seculares del árbol eucarístico, plantado por el venerable Fundador para que produjera los frutos de amor, de honor, de satisfacción y de gloria, que desea tanto y tan legítimamente saborear el divino Rey del Sacramento.

La Adoración tiene un triple objeto, y debe considerarse bajo una triple relación: primeramente con relación á Nuestro Señor Jesucristo,

á quien debe honrar bajo los velos eucarísticos; en segundo lugar con relación al alma del Adorador, á quien debe santificar, y finalmente con relación al prójimo, á quien debe asistir y ayudar particularmente en esta forma, la más excelente de todas, que es la Santa Iglesia.

LA ADORACIÓN CON RELACIÓN Á NUESTRO SEÑOR.

I. — Que Nuestro Señor Jesucristo, verdaderamente presente en el Santísimo Sacramento, tiene todo derecho á ser adorado, lo proclaman hasta la evidencia su Divinidad con todas sus infinitas perfecciones; su título de primer Principio y de Creador de todas las cosas; su título de Conservador universal de todo lo que existe; su título de Fin supremo y de remunerador soberano.

Lo proclama su Humanidad deificada en el seno de María por la unión personal al Verbo, y aun más esta Humanidad glorificada á la diestra del Padre en los cielos, donde, en compensación de sus abatimientos y su muerte, ha recibido por recompensa ejercer el imperio universal.

Lo proclama no menos evidentemente la Eucaristía, es decir, la presencia real de Jesu-

cristo bajo los velos del Sacramento, su realidad, su perpetuidad y su universalidad. Pues si está presente aquí abajo, en la verdad de su ser divino y humano, reclama la Adoración debida á su divinidad y á su humanidad; si permanece de una manera asidua y continua que desafía al tiempo, es para recibir desde ahora sobre la tierra, como las recibe en los cielos, las adoraciones á que, después de su victoria, tiene un derecho riguroso é inviolable; si extiende á todas partes su augusta y benéfica presencia, es para que el imperio que ha conquistado se extienda á toda la tierra, y porque quiere verle reconocido de hecho por todas las naciones y en todos los lugares.

He aquí la razón fundamental, y que se impone á todos los hombres, de la Adoración: rendir á Jesucristo, Dios, Hombre y Rey, presente en el Sacramento, y á causa de esta presencia misma, todas las adoraciones que por todos los títulos le son debidas.

II. — He aquí otra razón particular á todos los que han sido llamados, en mayor ó menor medida, á la vocación eucarística.

Nuestro Señor se presenta al P. Eymard, y durante más de veinte años le habla al cora-

zón. Cierta día le dice por la dulce voz de María: «Todos los misterios de mi Hijo tienen un cuerpo religioso que les honra: la Encaristía no lo tiene por sí sola; es preciso uno.» Y el P. Eymard, para responder á esto, funda la Asociación del Santísimo Sacramento, consagrada al único servicio de la Eucaristía, cuyo acto esencial es la adoración perpetua y solemne del Santísimo Sacramento.

El Cristo Sacramental nos especifica sus derechos y su voluntad de ser adorado en la Eucaristía, y nos hace de esto una obligación personal y el deber más importante de nuestra vocación particular. Evidentemente nos pide así que consideremos la Adoración como nuestro fin supremo aquí en este mundo, como nuestro único negocio, como el fin de todos nuestros esfuerzos.

Parece que nos dice: «Todos me deben adoración fiel y asidua en mi Sacramento, y muchos me la rehusan absolutamente.

»Un gran número de los que me rinden este homenaje no lo hacen ni bastante, ni bastante bien.

»Nadie hace de adorarme su supremo deber, su única ocupación, su vida; y sin embargo: *Unum est necessarium*, una sola cosa es abso-

lutamente necesaria, antes y sobre todas las demás: Que Dios sea adorado, y yo, Jesucristo, el Hijo de sus complacencias.

»Al menos, vosotros rendidme este homenaje, dadme la satisfacción de hacer la adoración que me es debida, á mi Padre y á mí, que he venido á buscar al hacerme hombre, y que sigo buscando en mi permanencia en la Eucaristía; dadme la satisfacción de hacer de esta adoración vuestro estado, vuestro único todo.»

Tal es el sentido de la fundación de la Asociación del Santísimo Sacramento, y de la vocación individual de todos los que la gracia divina llama á ella.

«La razón suprema de la Asociación del Santísimo Sacramento, dice el P. Eymard, consiste enteramente en esto: en dar á Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente presente y siempre permanente en el Sacramento por amor á los hombres, verdaderos y perpetuos adoradores y propagadores de su gloria eucarística, á fin de que Jesucristo sea adorado socialmente en el mundo entero.

»También que todos los que han sido llamados sepan que no se han dado más que para una sola cosa, para el servicio de la Adorable Persona de Jesucristo en la Eucaristía, y que

consagren á este servicio sus cualidades y sus dones, sus gracias y sus virtudes, su persona y todo lo que tienen, sin guardar nada en propiedad ni aun su personalidad. *Absque sui proprio.*»

III.— De allí dos importantes consecuencias: una que nos hace apreciar la Adoración en su justo valor; otra que nos enseña cómo debemos practicarla con respecto á Nuestro Señor.

Primera consecuencia: valor de la Adoración.

Esta es un ejercicio santo, una función angélica, una cosa casi divina, puesto que nos da á la realidad de nuestro Dios, en su presencia terrestre, por objeto inmediato á quien honrar, á quien servir, á quien adorar cara á cara.

Es un servicio real, puesto que nos exige que le sirvamos en el trono que tiene en este mundo, para ejercer las funciones de su majestad en la tierra, y recibir homenajes en compensación de las humillaciones que sufrió en su Pasión, y de las que le alcanzan aún en su estado Eucarístico.

Es, pues, el deber, la tarea, el empleo más noble, más elevado y más glorioso que pueda

asignarse á una vida, puesto que la Persona y los derechos personales de Jesucristo, á los que hay que satisfacer, le elevan evidentemente sobre los derechos y las necesidades del prójimo, que no es más que una criatura: *Optimam partem.*

Ella tiene, pues, el derecho legítimo y fundado, absolutamente y por sí misma, de que se prefiera á cualquier otro trabajo, á cualquier otro servicio, y en caso de concurrencia de exigir que todo se ponga á ella y le sea sacrificado. Aquel que obra así, es simplemente lógico con la fe conforme á la verdad; obra bien y nadie puede reprochárselo: *Quæ non auferetur ab ea.* Lo que hace simplemente es rendir á la Persona adorabilísima de Jesucristo aquello á que tiene derecho. Y aquel que no lo hace, ó es ignorante ó ilógico con su fe, ó perezoso para cumplir el primero de todos sus deberes. Desconoce de hecho, si no es que formalmente, á Nuestro Señor Jesucristo, puesto que deja al último el servicio de su Persona.

Segunda consecuencia: Espíritu práctico de la Adoración con relación á Nuestro Señor.

Teniendo á Nuestro Señor Jesucristo por

objeto inmediato que reconocer y honrar, la adoración exige de nosotros:

La pureza y la santidad de la vida. Nadie es capaz de presentarse al servicio de un rey que esté en el trono, de una manera inconveniente; en el cielo los ángeles que rodean el trono de gloria son la pureza misma, y los santos no son admitidos á la Adoración eterna hasta que están purificados de las más ligeras manchas, no sólo del pecado, sino de todo lo que tiende al pecado. ¿No es al mismo Dios de santidad á quien adoramos bajo los velos del Santísimo Sacramento?

Se requiere una preparación inmediata ó próxima del espíritu, de la memoria y del corazón. Porque Dios es espíritu, y busca, no adoradores de pura forma, sino adoradores que le adoren en espíritu y en verdad por todos los homenajes interiores de sus facultades: la fe, el amor, la alabanza, el don, la sumisión, la humildad y los actos interiores de todas las virtudes. Pues bien; sin preparación, que hace salir al espíritu de sus ocupaciones habituales y fija su atención sobre un punto preciso, nuestra alma, absorta por los cuidados inmediatos de las cosas sensibles, agobiada por el peso de la carne, es incapaz de elevarse hasta

la región de la fe y entregarse á un comercio espiritual con Dios.

En fin, debemos proponernos, como fin principal en la Adoración, honrar á Jesucristo, satisfacerle y servirle, y servirnos á nosotros mismos santificándonos y santificando á nuestros intereses, aun los espirituales. Sin excluir este último fin, y procurando favorecerlo, como después veremos, la Adoración debe practicarse ante todo, sobre todo y primero que todo. Esta es, en su naturaleza, la expresión de la caridad más perfecta, del amor más puro, que sólo encuentra su perfección y su reposo en la satisfacción del objeto amado, y no en su propia satisfacción, pues está gobernada por la presencia inmediata y los derechos superiores de Jesucristo. La primera de todas las cosas ¿no es que Dios sea Dios y que sea reconocido como tal? Su gloria sobrepuja á nuestros intereses, y por esto debemos quererla y pedirla ante todas las cosas que nos son necesarias, aun para esta misma gloria. ¿No es así que el Señor nos ha enseñado pedirle en el *Padre Nuestro*, antes que nuestro pan de cada día, antes de que nos perdone y nos preserve de la tentación y del mal, la santificación del nombre de Dios, el advenimiento de su reino y el

cumplimiento de su voluntad? Luego ante todo y en primer término de la Adoración, debemos dedicarnos á reconocer á Nuestro Señor en sus misterios, en su persona y en su vida, en sus palabras y en sus virtudes, en sus bellezas, sus amabilidades y sus bondades, en su amor sobre todo, y en su amor al Sacramento, en sus ternuras, sus larguezas, sus sacrificios, sus anonadamientos conmovedores.

Debemos estudiar todas las maravillas de hermosura, de grandeza y de verdad; esforzarnos en verlas, en comprenderlas, en penetrarlas por la fe aplicada y activa, humilde y perseverante: este es el homenaje y el don del espíritu. Después, amar todas esas amabilidades, adherirnos á ellas, desearlas, recrearnos en ellas, y al mismo tiempo alabarlas, bendecirlas, exaltarlas, felicitarlas, cantarlas en nuestros corazones. En seguida, contemplar, adorar en el silencio de la admiración, de la contemplación y del éxtasis, última expresión del amor: este es el homenaje del corazón. Finalmente, darnos, someternos y conformarnos á lo que nos parezca tan hermoso y tan bueno, como nos damos al Infinito Bien, sin reserva y totalmente, para poseer, para depender, para vivificarnos, para asimilarnos, para transformarnos

interiormente en la semejanza del divino objeto que adoramos, á fin de que sea todo en nosotros: autoridad, principio y vida, y que desaparezcamos y nos perdamos totalmente en Él.

Tal es el primer fin de la Adoración, tal el principal empleo del tiempo consagrado á ella: este es el homenaje de todo el ser interior á Jesucristo; sin más razón sino que lo merece soberanamente; sin más interés que satisfacerle, honrarle y amarle. En el cielo no se hace más que amar, alabar, darse y perderse en Dios: este es el supremo homenaje, la glorificación más alta que Dios puede recibir de sus criaturas. El Dios del Sacramento la reclama y la espera. Él está allí para eso; quiere recibirla sobre la tierra, en cuanto es posible aquí abajo, en que la fe reemplaza á la visión, la caridad militante al amor consumado, y la esperanza á la posesión; pero en que la fe, la esperanza y la caridad nos unen realmente á Él, en el sacramento de su real presencia y de su verdadero don. *Adveniat regnum tuum..... sicut in celo et in terra.*

LA ADORACIÓN CON RELACIÓN Á NOSOTROS MISMOS.

La adoración, con relación á nosotros, reviste un doble carácter: 1.º Es nuestro principal deber; 2.º Es nuestro principal medio de santificación. Por este doble título nos impone obligaciones que importa mucho conocer.

I.—Principal deber.—El P. Eymard declara formalmente que «la Adoración es el fin supremo de su instituto,» y al formar Apóstoles, quiere que «éstos tengan por único objeto hacer adorar al Santísimo Sacramento por todos los hombres y en el mundo entero.» La razón fundamental de todas las Obras seculares que completan la Asociación del Santísimo Sacramento es pues, la Adoración. En consecuencia, á todos, y en la escala que les corresponde, se dirigen estas otras palabras del Padre, intimando el gran deber de la Adoración: «Como el servicio de la Adoración es por sí mismo el principal de todos nuestros deberes, que debe ser preferido á todo, nadie omite, ni cambie, ni disminuya las horas de Adoración que tiene asignadas.» Dice además con incom-

parable suavidad: «Mirad la hora de Adoración que os toque en suerte como una hora del Paraíso; id á ella como si fuerais al cielo, al divino banquete; y esa hora será deseada y saludada con alegría; mantened suavemente ese deseo en vuestro corazón. Cuando tuviereis una hora penosa en su naturaleza, regocijaos mucho más, pues vuestro amor será más grande mientras mayor sea vuestro sufrimiento. Cuando por algún achaque, enfermedad ó imposibilidad no pudierais hacer vuestra Adoración, dejad que vuestro corazón se aflija un momento; después poneos á adorar en espíritu; uníos á los que adoran en aquel momento, teniéndos durante aquella hora en un gran recogimiento.»

Estas palabras dicen muy claramente que la Adoración es el primero de todos nuestros deberes, de donde se deduce que es preciso darle más importancia que á cualquiera otro, y que si no se le cumple, ó no se le cumple bastante bien, toda nuestra vida sería inútil.

De allí la necesidad de reconocer prácticamente la importancia de la Adoración por los medios siguientes:

Prefiriéndola al estudio, al servicio del prójimo, al ministerio de las almas, á la predica-

ción y al celo, á todos los ejercicios de devoción particular, y aun á la salud misma y al cuidado de la vida.

Tratándola con todo el esmero y las atenciones que reclama, esmero para preparar á ella el espíritu, por la fijeza del motivo de la Adoración; esmero para preparar á ella el corazón, por el recogimiento habitual en el amor de nuestro Señor: *Manete in me, in dilectione mea*; esmero para preparar á ella la voluntad, por la fidelidad al deber, el fervor al trabajo espiritual, la conformidad á la voluntad de Dios y el abandono á su voluntad; esmero para preparar á ella la conciencia por la pureza, la delicadeza asegurada por exámenes frecuentes; esmero para preparar al cuerpo guardándose de todo exceso, aun de trabajo y de celo que le haga impropio á causa de la excitación ó de la fatiga, para que coopere á la Adoración con el recogimiento de los sentidos. Finalmente, si la Adoración es el primer deber, todo debe tender á ella y prepararla: los estudios y la oración, el oficio divino, la misa y la comunión, las acciones y las virtudes, el trabajo y la mortificación, los goces y las penas; la vida entera debe moverse sobre ese eje y converger hacia su centro.

II. — Principal medio de santificación.—La Adoración sería imperfecta si, tendiendo á honrar á Dios, no procurase la santificación del alma. También se la considera en su naturaleza como teórica y práctica, especulativa y moral.

Ella prosigue honrando á Dios en la fe, en el amor, en la alabanza del espíritu y del corazón y de la voluntad. Pero Dios tiene derecho á más: á la vida entera, á la vida práctica, que debe alabarle por el concierto de todas las virtudes, probadas por acciones manifiestas. La perfecta alabanza de Dios es la semejanza con Él en la santidad: se inaugura en la convicción, el deseo y la resolución, y debe acabar en las obras. De suerte es que la Adoración tiene un doble fin: honrar á Dios por la alabanza de las facultades interiores, y después santificar al hombre para ponerle en aptitud de dar á Dios la alabanza de las virtudes y de las obras. Pero las virtudes, para tomar raíz en el alma, tienen necesidad del trabajo preparatorio de la oración. Porque sólo en el silencio y el recogimiento los gérmenes sobrenaturales se entreabren, arrojan sus primeras raíces, forman su tallo, que desde luego ha de aparecer en las acciones. La oración es la el-

boración interior de la santidad. Los maestros de la vida espiritual están de acuerdo en que es el medio indispensable de la santificación, sobre todo para el sacerdote y el religioso, porque es el único medio de llegar al conocimiento y á la reforma de nosotros mismos.

Pues bien; nuestra oración es la Adoración. No tenemos otra. Y ¿podría haber otra mejor que la que se pasa á los pies de Jesús, objeto, maestro, medio y modelo de toda oración; que la que se hace á su vista, en unión con su oración, en el lugar santificado por la oración y donde se respira una atmósfera impregnada enteramente de las gracias de la oración?

La Adoración debe, pues, producir en nosotros, como toda oración asídua, el resultado de la santificación efectiva y de las virtudes prácticas; pero con la condición de que hagamos un ejercicio de conocimiento de nosotros mismos y de reforma de nuestras costumbres.

1.º En la Adoración hemos de trabajar al conocimiento de nosotros mismos, lo que quiere decir:

Que consagremos una parte del tiempo de la Adoración á un trabajo enteramente personal, de examen de nuestro estado espiritual, de discusión de nuestros actos y de aplicación á

nuestra propia vida de las consecuencias prácticas y morales de nuestro objeto de Adoración.

Que tengamos cuidado de considerar en todas las verdades, aun las más especulativas, las enseñanzas morales que contienen; de escoger, de vez en cuando, por asunto de nuestras adoraciones, algunas verdades exclusivamente positivas y prácticas; y, finalmente, de escoger de preferencia aquellas que tengan relación con nuestro estado de alma actual, nuestros deberes de estado, cuyo cumplimiento es urgente, nuestras necesidades inmediatas, nuestras tentaciones del momento y nuestras debilidades ordinarias.

2.º Nos ocuparemos durante la Adoración en reformar nuestras costumbres, en corregir nuestros defectos, nuestras pasiones y nuestros vicios, por exámenes atentos, precisos y prolongados, inquiriendo las causas y efectos de todo, añadiendo el arrepentimiento, la contrición y la detestación del mal reconocido en nosotros, y tomando resoluciones formales y precisas que tengan por objeto ocasiones netamente definidas.

3.º Nos dedicaremos al ejercicio interior de las virtudes. Toda virtud debe primeramente practicarse en el reino interior de la intelligen-

cia, del corazón y de la voluntad, de donde el Rey Jesús espera actos tan numerosos y tan preciosos. El alma debe, ante todo, santificarse en sus potencias para que en seguida broten vigorosos y frecuentes los actos exteriores de las virtudes. Es un deber activar nuestras facultades para el ejercicio regular y sostenido de las virtudes que les convienen: al espíritu, los actos de todas las virtudes intelectuales; á la voluntad, los de las virtudes morales; al corazón, los innumerables frutos del amor.

Será preciso, pues, en la Adoración, hacer actos positivos y precisos de las virtudes que se encuentren en el asunto meditado. Ver en un misterio de Jesús, por ejemplo, la humildad, la dulzura, la paciencia que tuvo siempre; y si en seguida no se forman en la voluntad actos esas virtudes, sería hacer una Adoración incompleta é interrumpida.

Estos actos deben ser tan precisos como multiplicados, tan prolongados como sea posible. Aun cuando no pudiéramos darles demasiada intensidad, es fuerza que se acumulen en el interior para que obren en seguida en la vida exterior; el desarrollo de ésta será en razón directa de la fuerza adquirida en el interior.